



Gustavo de Hoyos Walther

# Democracia y liberalismo

En días pasados, algunos líderes políticos auto-denominados progresistas organizaron una reunión en Chile, a la que invitaron a una serie de intelectuales y think tanks para repensar la democracia, a la luz -dicen ellos- del peligro de "la deriva autoritaria" en el mundo.

Como parte de este esfuerzo, los presidentes de las Repúblicas de Chile, Brasil, Colombia y Uruguay, así como el presidente del Gobierno de España, suscribieron una carta pública intitulada Democracia Siempre. En ella abogan por la necesidad de renovar la democracia y "hacer que vuelva a ser significativa para quienes sienten sus promesas incumplidas", a la vez que llaman a enfrentar retos comunes como el cambio climático o la inteligencia artificial con más y no con menos democracia.

El documento también habla de la necesidad de "proponer reformas estructurales para enfrentar la desigual-



dad en nuestros países y el mundo”.

Entre quienes firman la misiva no están ni la presidenta de México, Claudia Sheinbaum, ni el presidente de Argentina, Javier Milei. En el caso del segundo es natural que no figure, pues su modelo de gobierno es radicalmente opuesto a lo que podría llamarse la izquierda progresista. Más interesante es que no haya firmado la Presidenta mexicana, siendo que la carta también la suscribieron los presidentes Luis Inácio Lula Da Silva y Gustavo Petro Urrego, que se pensaría son aliados ideológicos de Sheinbaum.

En tanto que la carta entraña una crítica a discursos autoritarios, parece un gesto positivo. No obstante, hay algunas cosas críticas que decir.

Es notable la ausencia de la palabra libertad en el documento de marras. Esta carencia es de alguna manera explicable: la izquierda progresista tiende a no enfatizar el valor de la libertad en cualquier mención de la democracia. Y, sin embargo, ahora es más claro que nunca que una democracia que no sea liberal es despótica. Es cierto que la carta habla de “instituciones” pero no alude directamente a las instituciones republicanas de la división de poderes,

que son las que han estado bajo asalto en todo el mundo desde hace varios lustros.

En muchos sentidos “la deriva autoritaria” de los populismos del siglo XXI es un asalto contra la idea de que deben existir mecanismos en las sociedades para limitar el poder. Aquí es donde yace el verdadero problema.

Francis Fukuyama denomina “decaendencia política” a una situación en que

los “check and balances” del republicanismo moderno impiden acciones de cambio necesarias. Se limita tanto el ejercicio del poder que no se utiliza éste para promover transformaciones esenciales y benéficas para las poblaciones. Frente a este problema real, los despotismos modernos proponen, casi siempre por la vía de los hechos, desmontar las instituciones republicanas de límites al poder para imponer liderazgos autoritarios que, en el fondo, son anti-democráticos.

Urge que las naciones democráticas del mundo piensen en grandes proyectos de transformación que sean compatibles con la necesidad de mantener las instituciones que limitan el poder despótico. Pero lo primero que hay que entender es que no podemos separar las



nociones de democracia y liberalismo. Ambas, aunque en cierta tensión, son necesarias para cualquier noción de buen gobierno.

**En muchos** sentidos “la deriva autoritaria” de los populismos del siglo XXI es un asalto contra la idea de que deben existir mecanismos en las sociedades para limitar el poder. Aquí es donde yace el verdadero problema.